

Mil y una, una y mil

Hace trescientos años, el mundo era muchísimo más grande. Los barcos a vela cruzaban los mares empujados por el viento. Por tierra, nadie podía viajar más rápido que sus caballos. Y ésa era la velocidad a la que llegaban las noticias. Todo quedaba lejísimos. Para Europa, los países orientales estaban del otro lado de ese mundo inmenso.

Fue entonces cuando un arqueólogo francés, Antoine Galland, publicó por primera vez un libro llamado *Las mil y una noches*, que había traducido de un antiguo manuscrito árabe. Europa entera se enamoró de ese libro asombroso, donde convivían sultanes y pescadores, sastres y califas, genios y mercaderes; un libro donde había magia y maravillas, pero también gente común que vivía su vida cotidiana en los países del misterioso Oriente.

Algunos cuentos no estaban en el manuscrito en árabe que utilizó Galland, y durante un tiempo lo acusaron de haberlos inventado. Él aseguraba que se los había es-

cuchado a un hombre que vivía de contar historias en Aleppo, una ciudad de Siria. Con los años fueron apareciendo otras versiones y manuscritos originales de *Las mil y una noches*, hubo muchas otras traducciones directamente del árabe a distintos idiomas, y se descubrió que Simbad el Marino, Alí Babá y Aladino no eran creación de Galland, sino historias tan orientales y tan antiguas como las demás.

Las mil y una noches es una colección de cuentos, que están enmarcados en una historia general. Condenada a muerte, la bella Sherezada consigue salvar su vida cada noche contando un cuento que interrumpe a la hora de la ejecución. Para saber cómo termina el cuento, el sultán le perdona la vida hasta la noche siguiente. En muchas de las historias hay personajes que empiezan a contar un cuento, y entonces aparece un cuento que es parte de otro cuento que a su vez forma parte de otro; un efecto parecido al de esas muñecas rusas que se meten una dentro de otra.

Algunas de estas historias son muy antiguas, mucho más antiguas que la civilización árabe. Se supone que unas vinieron de Persia, otras de la India, de China o de Egipto... Pero todas pasaron por narradores árabes que les dieron su toque especial. Por eso todos los reyes son sultanes, la principal religión es la musulmana, y las comidas, la ropa y las costumbres son las del mundo árabe de la Edad Media.

En esa época todavía parecía posible abarcar todo el conocimiento humano sobre un tema en un solo libro. Y de algún modo eso es lo que intenta *Las mil y una noches*: quiere ser el conjunto de todos los cuentos. Algunos son larguísima y Sherezada tarda varias noches en terminarlos. Otros son tan cortitos que necesita muchos para poder entretener al sultán durante una sola noche. Hay novelas históricas, cuentos de pícaros, historias de la vida cotidiana y otras que están hechas de pura magia.

Para escribir este libro me basé en la traducción que hizo directamente del árabe el escritor español Rafael Cansinos Assens, cuya historia es tan interesante que podría formar parte de *Las mil y una noches*. Elegí los cuentos más tradicionales, como los de Alí Babá, Simbad y Aladino, y agregué unos pocos que son menos conocidos. La mayoría de los cuentos que suelen leerse en versiones para chicos están demasiado resumidos. Me propuse contarlos de una manera entretenida para los lectores de hoy, pero con todo detalle para que no se pierdan nada interesante. Espero haberlo logrado. Los lectores tienen la palabra.

Ana María Shua

La historia de Sherezada

Su propio hermano le contó al sultán Shariar que su esposa lo engañaba. Y así comenzó una historia de amor, de locura y de muerte.

Durante veinte años el sultán Shariar había gobernado a su pueblo con inteligencia y justicia, había juzgado con equidad a sus vasallos y la gente de su reino lo amaba.

Por eso, cuando su hermano sembró en su corazón la semilla de la duda, Shariar quiso primero asegurarse de que el terrible pecado era cierto.

Hizo que pregonasen por toda la ciudad que el rey saldría a cazar, llevándose a sus tropas y a sus capitanes que, en efecto, salieron de la ciudad.

—Nadie debe entrar en mi ausencia en la cámara real —ordenó a sus criados.

Pero el rey no participó en la partida de caza. Lo que hizo fue disfrazarse y volver secretamente al palacio. En la habitación de su hermano, se sentó junto a una celosía que daba al jardín y allí esperó.

Y he aquí que, después de una hora, vio salir al jardín a su esposa, la sultana, la hija de reyes, la mujer a la que más amaba en este mundo. Un esclavo negro la acompañaba. Y allí, mal ocultos por los árboles del jardín, los vio con sus propios ojos abrazarse y besarse apasionadamente.

La oscuridad ennegreció su vista y la razón voló de su cabeza. El sultán enloqueció de celos. Tomó su espada, bajó al jardín y de un solo tajo cruel mató a la reina y a su amado. Y cuando Shariar vio la sangre roja manchando el verde césped del jardín, cuando vio caído en tierra el cadáver de la mujer que más había amado en este mundo, no lloró ni se arrepintió, ni sintió pena. Su corazón se había convertido en piedra. Ahora el buen sultán Shariar no era más que un monstruo sediento de sangre de mujer.

Desde entonces, casi cada día el sultán se casaba con una doncella diferente y a la madrugada, cuando empezaba a despuntar el día, la mandaba matar.

Shariar siguió matando mujeres durante tres años. El pueblo, que lo había amado y respetado, estaba ahora horrorizado y clamaba contra él. Todos los que tenían hijas jóvenes huían de la ciudad.

—Hoy deseo casarme otra vez —le dijo un día el sultán a su visir—. Tráeme una jovencita que no haya conocido hombre, para la ceremonia de costumbre.

Y el visir tembló por su vida y por la de su familia. Porque ya no quedaban muchachitas en la ciudad, excepto sus dos hijas: Sherezada, una belleza de quince años, y

Dunyasad, que tenía sólo trece. Las dos hermanas eran hermosas, gentiles y de cuerpos bien formados. Pero la mayor, además, era muy inteligente. Había leído muchos libros, historias de todo tipo, las vidas de reyes antiguos y noticias de pueblos que ya no existían.

—¿Por qué te veo de mal color, padre? ¿Por qué estás lleno de pena y pesadumbre? —le preguntó Sherezada a su padre.

—Hijas mías —contestó el visir—, debemos irnos cuanto antes de aquí. Preparen su equipaje tan rápido como puedan. En dos horas saldremos de la ciudad.

Sherezada no tuvo necesidad de más explicaciones para entender lo que estaba pasando.

—Padre mío, cásame con el rey. Yo conseguiré salvar a las otras mujeres del reino y las libraré de la muerte. O moriré en el intento.

Pero el visir no estaba de acuerdo. Había visto a demasiadas jovencitas que acudían alegres al encuentro de su esposo, el sultán, convencidas de que sus encantos, su risa, su belleza, serían suficientes como para que Shariar les perdonara la vida. Y ni una sola de ellas había sobrevivido para ver la luz de la mañana. Por todos los medios intentó persuadir a su hija de que huyera, como lo habían hecho tantas otras.

Sherezada no se dejó convencer. Unas horas después, pálido y angustiado, con los ojos enrojecidos, el visir conducía a su hija, vestida con sus mejores prendas y alha-

jas, a la presencia del sultán. Con un abrazo largo y triste se despidió de ella para siempre.

Cuando Sherezada se quedó sola con Shariar, se echó a llorar con gran pena. El sultán no se sorprendió. Si bien algunas jóvenes llegaban a él sonriendo, con la ilusión de que podrían enamorarlo, otras estaban seguras de su destino.

—¿Qué te pasa? —le preguntó, aunque lo sabía perfectamente.

—Oh, sultán —dijo ella—, has de saber que tengo una hermana pequeña y quisiera despedirme de ella.

Al rey le pareció aceptable cumplir ese último deseo de su nueva esposa. Estaba dispuesto a satisfacer todos los deseos de las mujeres con las que se casaba, excepto el de perdonarles la vida. Mandó llamar a Dnyasad, que abrazó a su hermana y se sentó a la puerta de la cámara real.

El sultán abrazó a Sherezada y la hizo suya. Pero la noche recién comenzaba. De acuerdo con el plan de su hermana, Dnyasad entró a la cámara real y le dijo a Sherezada:

—Hermana, sabes tantos cuentos y tan interesantes... ¿Por qué no nos cuentas algo para que esta noche no sea tan larga y triste?

—Con alma y vida lo haré, hermana —dijo Sherezada—, siempre que nuestro gentil sultán me lo permita.

Ésa era una novedad: Shariar no tenía sueño y los cuentos le gustaban muchísimo. Había comprado varias

esclavas narradoras, pero entre todas no conocían más que un puñado de cuentos, siempre los mismos, que finalmente terminaban por repetirse. Sherezada tenía una voz muy agradable. ¿Por qué no? Si el cuento no le gustaba, o ya lo conocía, siempre podía mandarla a matar un poco antes de lo previsto. Dio su permiso y, muy interesado, se preparó para escuchar.

Sherezada comenzó su historia. El sultán y Dunyasad la escuchaban atentamente.